

## Filantetría

Y la iglesia ya no fue la misma... de Coonie Ray

## HUMO EN LA MONTAÑA

■ Fernando LÓPEZ MATEOS

**E**n el Lamb's Players Theatre de National City se está presentando una inofensiva y simpática obra de teatro musical; luego de una larga y exitosa temporada en el Off-Broadway de Nueva York: *Humo en la montaña* (*Smoke on the Mountain*), original de Coonie

Ray y dirigida por Kerry Meads.

Ubicada en la Iglesia Bautista del Mount Pleasant, en el estado de Carolina del Norte, la historia se refiere a la familia Sander (formalmente conocidos como "los cantantes santificados Sander"), cuya ausencia -a lo largo de cinco años- de los servicios que su congregación integra, ha sido impuesta básicamente por los efectos de la gran depresión económica de los años treinta.

En una noche de junio de 1938, la comunidad va a escuchar los diferentes testimonios de adhesión y confirmación de la familia Sander, comentados y narrados bajo la supervisión de Burl y Vera (George Fish y Deborah Gilmour Smyth, respectivamente), los padres de June (Kerrie Gallagher), Denise, (Sarah Zimmerman) y su gemelo Dennis (Jeremiah Elliot), además del tío Stanley (Greg Campbell).

El diseño de la escena es arreglado de tal manera que, de no saber que estamos en un teatro ni precisamente religioso ni perteneciente a una iglesia o credo específico, cualquiera que entrara sin una pista al respecto, sentiría que acaba de entrar en ese ámbito tan particular. Sencillo y sin grandes complicaciones, el escenario preparado por Mike Buckley cumple ampliamente con las necesidades de la acción; es austera pero muy apegada a las distintas casas bautistas que personalmente me ha tocado conocer.

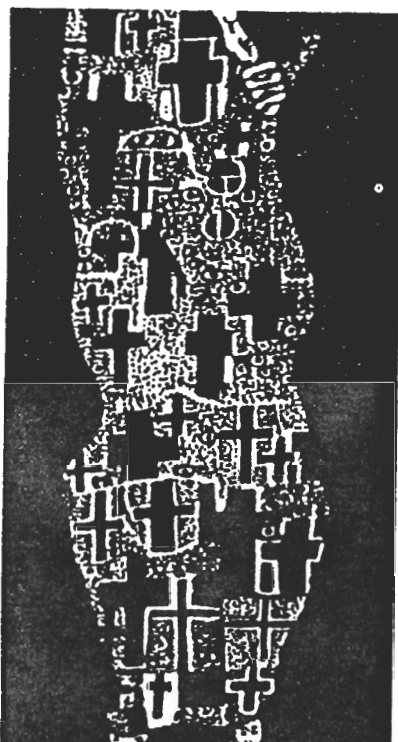
En ese teatro-templo, el pastor llama a sus fieles seguidores clamando damas y caballeros; repara su falla inmediatamente por hermanos y hermanas, e inicia la sesión con un conocido canto, compartiéndolo con el público e integrándolo inmediatamente a la historia.

A partir de ese momento, el tono de la obra se descubre cómico farsesco, sin que quede la menor duda a cada paso de que lo que vemos es teatro, y sólo en el teatro esto se podría ver.

Al interrogar al pastor al público sobre la llegada de la familia Sander, que está retrasada y le hace preocuparse sobremanera, entra June la hija corriendo y haciendo su número, con el cual ya no nos vamos a despegar la sonaja ni la sensación de buen humor hasta el final.

Una lista de oraciones expuestas ridículamente, la presentación "estelarizada" de la familia por parte de Burl, mostrándola como una familia modelo, y la acción de June que muestra divertidísima la narración en el lenguaje de los sordomudos, rompe con todo convencionalismo atávico, obligándonos a observar las reacciones del público, compuesto por una gran cantidad de «seniors» (gente adulta mayor de 60 años). Por fortuna, el público incluye gente de diversos credos, similares en el origen pero distintos en orientación, forma de gobierno, administración de sacramentos y, en especial, la presentación de los testimonios del Espíritu Santo.

Habiendo escuchado canciones como *Trust in him*



in all times y *Christian Cowboy*, y después de que el reverendo se ha quejado de la forma «pujante» en que el grupo va narrando sus aventuras, la risa nos azota cuando los gemelos, uno en cada turno, rompen la formalidad del testimonio y se animan a contar las cosas a su manera. Ahí también se cueban mensajes positivos y frases típicas de iglesia. En el turno del tío Stanley, los nervios y la paciencia del pastor se exacerban, reprimiendo los intentos de bailar de los Sanders, hasta que éste, en un momento de imitación, le grita mierda y la tensión imperante, en lugar de preocuparnos nos mueve más a la risa.

Al regresar del refrigerio obligado, el pastor se reconcilia con la situación y toma el panderero; se integra al grupo y sufre una transformación peulatina, misma que llegará hasta el final. El oljme se va relajando más y más, y loca el turno a la madre, quien entre la historia de la limonada y la del pajarrico, ya no puede contener la carcajada de su propio hijo, hasta que llega el "ángel exterminador".

Después de escuchar las palabras conmovedoras de June, apreciamos la oportunidad de disfrutar una evocación espiritual poco ortodoxa, sobre todo si no se es muy afecto a visitar las iglesias y encuentros dominicales típicos de las creencias protestantes, en las que se dan manifestaciones de este tipo.

En lo tocante a la ejecución actoral, sobresale la tarea de grupo con algunos brotes espectaculares de Jeremiah y de Deborah, quienes dan, junto con Kerrie

Gallagher, los puntos más altos de la historia. Claro que siendo el centro-réfere de lo que ahí acontece, David Cochran aparece prácticamente en toda la obra. Su papel sostiene la acción alternada de los demás, pero parece tomarse descansos muy en desligándose, cuando en ciertos momentos le agarra la prisa por la distracción. Esto hace notarse el marcaje, muy afinado por cierto, de la directora Kerry Meads. Sí, en ocasiones se siente el marcaje, pero temo que no es sino una cuestión de adaptación al ritmo colectivo, el cual intuyo que se ve muy afectado dependiendo del público cada vez. El fin de la obra es algo triunfalista. Cualquier incauto podría pensar en que se hace proselitismo con la obra. Yo lo dudaría, pues la expresión de desenfado de una buena parte del público, lo único que refuerza es la creencia de sus convicciones, sin importar quizá, el origen de sus preferencias. Entre los asistentes me pude percatar de numerosos luteranos, metodistas y presbiterianos, los cuales pudieron contrastar lo que miran de una parodia hecha a la iglesia bautista y lo que de su iglesia pueden imaginar.

Algo que pasó por mi mente una y otra vez durante la presentación era la posibilidad de analizar comparativamente los hechos con lo que en la iglesia católica se pudiera manifestar. Ejemplos hay muchos, y son del dominio público, contados especialmente en los chistes de escuela o de reuniones, pero en lo que toca al teatro, el ejemplo es muy sugestivo, muy aleccionador.

Creo que, aunque a muchos pareciera una idea sacrilega satirizar o parodiar los usos y procederes de una sesión espíritu-vivencial, el experimento es tan sano y tan divertido que, con un ánimo de conciencia higiénico y tolerante, lo que podemos rescatar es, nuevamente, el gran poder liberador de la risa.

Yendo al teatro, me pareció ir a misa. Aun con toda la libertad que el no profesar una u otra religión nos diere para hablar de ella, los conceptos básicos de creencia, fe, dignidad, esperanza, etc..., aparecen universales y dignos de ser tomados en cuenta para reírnos, en ese espejo fundido en los caracteres de los personajes sobre la escena, de nuestras propias debilidades y defectos, pues todos los tenemos y nos aparecen repetidamente en situaciones como éstas.

Leyendo acerca del *leit motiv* del Lamb's Players Theatre, como organización que explora la integración de la fe con el arte, comprendo más las cosas. Esto puede entusiasmar más a mi sentido crítico. Demandar que una comunidad cristiana pluricultural pueda conjuntar esfuerzos de distintas corrientes y opciones eclesiológicas encamine sus pasos a construir un tipo de teatro sería posible si se formulara por decreto. En cambio, cuando proviene de sus mismos integrantes, el resultado parece ser lo más favorable, tanto para el arte (en este caso el teatro) como para la religión misma: el respeto mutuo, constante y permanente.

Una puesta en escena aleccionadora, divertida y respetuosa, que quizá la iglesia católica, en su actual etapa neoconservadora, expansionista y de nueva intolerancia, no estaría dispuesta a aceptar. Lástima, porque de aquí se aprende... ¡uff!